FENOMENOLOGÍA

LA SEGUNDA VEZ*

ARIEL DÍAZ

*Relato ganador del Premio «Vida y Salud» de Narrativa en su IV edición
(categoría absoluta)*

Engranaje observando la partitura

*Manos desfallecidas y serenas
como exangües palomas sin sentido
al vendaval cediendo de las penas;
manos de mi futuro ¡tan temido!
que lleváis fatalmente por las venas
la destructora sangre del olvido.*

«A LAS MANOS DE UN ANCIANO»
Tomás Preciado

Rodeado de sombras, trata de levantar la pesada piedra que lo atrapa e inmoviliza. No lo consigue. Intenta moverse, oye un murmullo, no puede respirar, una luz muy tenue invade sus tinieblas, quiere salir de esa trampa opresora, percibe cómo el murmullo se va convirtiendo en una voz suave, se queja mientras continúa empujando, la luz se intensifica, unas ratas le rozan la cara, quiere apartar la cabeza, no puede, la voz le llega con claridad, se libra de la piedra, de la

trampa, de las ratas. Cuando abre los ojos en su cama, ve a su madre que le acaricia las mejillas.

—¡Despierta, Luis, es la pesadilla de siempre!

Pero su madre es una viejecita de cabellos blancos, muy arrugada, de ojos bondadosos, aunque sin el brillo expresivo tan recordado, de voz afable, sin la inflexión jovial de siempre.

—¿Qué te ha pasado, mamá?—quiere decirle. Pero las palabras no salen.

—Tranquilízate, no te esfuerces en hablar.—dice la anciana.

—¿Por qué te has vuelto vieja, mamá?—le pregunta con la mirada.

Ella no comprende, le sonríe.

Se siente mal, cierra los ojos, todo está muy oscuro, percibe muchas voces, algunas calmas, otras agudas, niños que alborotan, madres que atemperan, padres que regañan, sombras que pasan, lo toman de la mano, se duerme...

Se levanta cuando aún es noche. No sabe la hora. Enciende la luz. Alrededor no ve nada nuevo, nada deseado. El solitario par de zapatos, un poco de comida, y una olla con agua. Vuelve a su cama, preocupado. ¿Cuándo vendrán? ¿Podrán olvidarse? No, ellos nunca olvidan. La carta era muy clara. ¿Será el último?

Le cuesta dormirse nuevamente. ¡La pesadilla de la sábana convertida en piedra! Su madre, anciana, que le toma de la mano y lo tranquiliza. ¿Por qué ha pasado tan rápido el tiempo para ti, mamá?

Se despierta de día. Se incorpora y corre ansioso. Zapatos, comida y agua. Nada más. Llorando entra al dormitorio de sus padres. Sube a la cama y los increpa.

—¡Vosotros tenéis la culpa!

Cuatro ojos soñolientos y dos bocas risueñas.

—¿Qué pasó?

—¡Les dijísteis a los Reyes Magos que me había portado mal y no me han traído nada! ¡Vosotros tenéis la culpa!

—Y tú, ¿te has portado bien?—dice su madre.

—Casi bien, no del todo... Pero estoy seguro de que a los otros niños les van a traer regalos. ¡Voy a ser el único sin juguetes!

—¡Si no me contestaras tan mal...!

—Te prometo que nunca más voy a contestarte mal. ¡Te lo prometo, lo juro! Pero quiero la pelota. ¡Por favor! Diles que te equivocaste. ¡Que soy bueno!

—¿No vas a contestarme mal otra vez?

—¡No, no! ¡Nunca más! Lo juro. ¡Pero quiero la pelota!

—¿Por qué no revisas toda la casa?

Sale corriendo. Cuando llega al comedor, sobre la mesa, allí están. Borrosos, ¡pero están! El camioncito de madera y... ¡la tan deseada número cinco! Toma ambos en brazos y vuelve con ellos al dormitorio de sus padres. Se zambulle llorando en la cama, del lado de su madre, que comienza a acariciarlo. Las caricias le hacen bien. Gira la cabeza y mira esa mano amada, sarmentosa y extraña. ¡Pero si ahora mismo eras joven!, quiere decirle a su madre anciana, sentada a su lado, con la mirada dulce y triste.

Desea contarle cuánto sufrió cuando imaginó ese día tan especial sin juguetes, decirle que será el chico más bueno del mundo y cuánto la quiere.

Pero, otra vez, su voz se niega. Ella lo toma de la mano.

—No te preocupes, Luis; descansa tranquilo que voy a estar a tu lado.

Siente su mano fría. Pero transmite calor. Nunca me dejes, mamá. ¿Por qué estás tan vieja?

Las sombras invasoras no lo dejan verla. Ella se va borrando con las lágrimas que se le escapan. No quiere mirarla allí donde está. En sus ojos permanece su imagen saludable, plena de amor... Quiere evitarle a su memoria la evocación de esos ojos cerrados, ¡tan expresivos!, de esos labios fríos, ¡siempre con una sonrisa!, y el mutismo de su boca, antes llena de palabras cariñosas y recuerdos cálidos. Es la despedida, ¡adiós, mamá!, con el recuerdo de su vitalidad, tanta felicidad compartida, las lágrimas se le escapan, alguien le seca las

mejillas con un pañuelo, una tenue claridad invade las sombras, percibe una mano muy arrugada que acaricia sus sienes. Es la viejecita. La que creía su madre. Está cuidándolo. Baja la vista y ve cómo sus propias manos toman esas otras manos que tanto lo están consolando. Pero no las reconoce. Son aún más enjutas y apergaminadas que las de ella. ¡Tanto tiempo ha vivido? ¿Qué pasó con su memoria?

Las sombras que en un principio lo rodearon casi en forma permanente, poco a poco se disipan. Sus recuerdos continúan muy confusos. Aparecen en sueños, y en ellos está siempre su madre. Sólo su madre y él.

Las enfermeras lo tratan cariñosamente y ya lo dejan ver un poco de televisión. Aún no puede hablar, se siente muy débil, y la anciana le da de comer en la boca. Apenas se despierta, aparece ella, sonriente y solícita. Por la mirada, sabe lo que él quiere.

Descubre lo que es la ansiedad cuando sus ojos no la encuentran, y la ternura cuando ella le habla con su voz dulce o lo toma de la mano.

Los días comienzan a ser más tibios y le permiten salir en silla de ruedas al patio. La anciana lo lleva y se sienta en un banco frente a él. Mira y admira la vida fuera de las paredes. Descubre el cielo despejado, la claridad del sol, el canto de los pájaros, el perfume de las flores. Se siente vivo. Intenta hablar. No puede. Aprieta con desesperación las manos femeninas, tan confortables. Con mucho esfuerzo, las palabras salen lentamente.

—Si no estuviera tan mal, te pediría que te casaras conmigo.

La viejecita lo mira con los ojos brillantes. ¿Por qué tuvo que herirla? ¿Por qué sufre?

—No puedo.

Una pena muy grande lo invade.

—No puedo porque ya estoy casada contigo. Se abrazan llorando. Él, de tristeza; ha perdido sus recuerdos. ¿Qué fue de su vida? Ella de alegría; la ha elegido por segunda vez. ¿Qué más puede pedir?